

DÍA 3. Oración de la tarde. Miércoles 29

Del costado abierto de Jesús brotó agua con la sangre



Sangre y agua (Jn 19, 34)

Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua.

CANTICO DEL SIERVO

Mirad, mi siervo tendrá éxito,
subirá y crecerá mucho.
Como muchos se espantaron de él,
porque desfigurado no parecía hombre,
ni tenía aspecto humano,
así asombrará a muchos pueblos,
ante él los reyes cerrarán la boca,
al ver algo inenarrable
y contemplar algo inaudito.

¿Quién creyó nuestro anuncio?,
¿a quién se reveló el brazo del Señor?
Creció en su presencia como brote,
como raíz en tierra árida,
sin figura, sin belleza.

Lo vimos sin aspecto atrayente,
despreciado y evitado de los hombres,
como un hombre de dolores,
acostumbrado a sufrimientos,
ante el cual se ocultan los rostros,
despreciado y desestimado.

Él soportó nuestros sufrimientos
y aguantó nuestros dolores;
nosotros lo estimamos leproso,
herido de Dios y humillado;
pero él fue traspasado
por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.

Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
sus cicatrices nos curaron.
Todos errábamos como ovejas,
cada uno siguiendo su camino;
y el Señor cargó sobre él
todos nuestros crímenes.

Maltratado,
voluntariamente se humillaba
y no abría la boca;
como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.

Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron,
¿quién meditó en su destino?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo lo hirieron.
Le dieron sepultura con los malvados,
y una tumba con los malhechores,
aunque no había cometido crímenes
ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento,
y entregar su vida como expiación;
verá su descendencia, prolongará sus años,
lo que el Señor quiere prosperará por su mano.

Por los trabajos de su alma verá la luz,
el justo se saciará de conocimiento.
Mi siervo justificará a muchos,
porque cargó con los crímenes de ellos.
Le daré una multitud como parte,
y tendrá como despojo una muchedumbre.

Porque expuso su vida a la muerte
y fue contado entre los pecadores,
él tomó el pecado de muchos
e intercedió por los pecadores.

EN TU CORAZÓN:

La sangre del justo y la del malvado
pasan por tu mismo corazón.

La espalda del que golpea
y la que recibe el latigazo
son parte de tu mismo cuerpo.

En tus lágrimas lloran
el dolor del bueno
y la confusión de su agresor.

Tu misma ternura abraza
el rostro de tu madre María
y el del soldado que te clava.

En tu corazón no hay excluidos,
en tu cuerpo todos cabemos,
en tus lágrimas todos lloramos,
en tu ternura todos existimos.

¡Déjame entrar contigo,
Señor, en tu misterio,
y vivir en el hogar de tu pasión
donde reconcilias lo imposible!

DEL COSTADO ABIERTO DE JESUS BROTÓ AGUA CON LA SANGRE (Jn. 19, 34)

La de esta tarde es una oración de adoración. A este Dios que tanto ha soportado por nosotros, que tantos bienes nos ha comunicado, toda criatura en el cielo y en la tierra le den gloria, honor y bendición. Jesús esta tarde toma la condición del grano de trigo que tiene que morir para dar mucho fruto. Para convertirse de una vez y para siempre en esa agua que salta para la vida eterna.

Escuchamos la canción: [“A este Dios”](#)

Esta tarde llenos de sobrecogimiento y de un agradecimiento inmenso queremos pararnos a contemplar el costado abierto de Jesús y ver en él esa fuente inagotable de dónde brota toda la salvación hacia nosotros y hacia la humanidad.

“Como era la preparación de la fiesta de la Pascua, los judíos no querían que los cuerpos quedaran en la cruz aquel sábado, ya que aquel día se celebraba una fiesta muy solemne. Por eso pidieron a Pilatos que ordenara romper las piernas a los crucificados y que los quitaran de la cruz. Los soldados rompieron las piernas a los dos que habían sido crucificados contigo, Jesús. Pero cuando se acercaron a ti, se dieron cuenta de que ya estabas muerto; por eso no te rompieron las piernas. Pero uno de los soldados te abrió el costado con una lanza y, al punto, brotó agua con la sangre. El que lo vio da testimonio. Esto sucedió para que se cumpliera la escritura: “mirarán al que traspasaron”. (Jn.19, 31-36)

Es esto lo que queremos hacer esta tarde, Señor, mirarte a ti, traspasado, herido, muerto por nosotros. Y ver que en tu costado está toda la injusticia, todo el desamor, todo el pecado y toda la muerte. Y, a la vez, de este mismo costado (junto con la sangre que se te va) está también toda el agua del perdón, del consuelo y de la gracia. Derramada, más injustamente todavía, a favor nuestro.

“Eras nuestras heridas las que él llevaba” dirá el cántico del siervo de Isaías. “Sus heridas nos han curado” responderá Pedro en su primera carta. Esta tarde lo mismo que Tomás nos invitas no sólo a mirar, sino a tocar incluso esas heridas, nos invitas a meter nuestra mano en tu costado. Todas las heridas de muerte de la humanidad y las nuestras han sido curadas, lavadas, resucitadas en ese costado que hoy contemplamos.

Iremos poniendo una vela que representa cada una de las heridas que han sido curadas por Jesús.

En tu cruz, Señor, estabas llevando *la herida de la injusticia*. Injusticia que tú soportaste. Injusticia que lleva siempre consigo asociado todo el poder del mal. Todo el poder que se vuelve contra el inocente, que se ceba con el indefenso, que se ensaña con el frágil. En aquella tremenda y terrible injusticia, infringida contra el más inocente de los hombres, estás tú, Señor, llevando las injusticias que asolan la humanidad. Injusticias grandes, provocadas por la codicia de los poderes económicos y políticos, por la voracidad que no conoce límites.

Y, al oír el estruendo de la injusticia, de repente comenzamos a escuchar a la vez el sonido del agua de un río que con su melodía peculiar comienza a explicarnos por qué sucedió todo aquello. Y nos dice de Ti, Señor: *“sin defensa, sin justicia, se lo llevaron y nadie se preocupa de su suerte... aunque no cometió ningún crimen, ni hubo engaño en su boca... eran nuestra rebeliones las que le traspasaron”*.

Miramos esta tarde las grandes injusticias y nuestras injusticias cotidianas. Injusticias en nuestros lugares de trabajo, en nuestros barrios, a veces entre nosotros: juicios injustos, trato injusto, mirada injusta. Esta tarde queremos ver todas esas injusticias alojadas en tu costado abierto, Señor. Y entender que la herida de la injusticia no tiene la última palabra. Que la última palabra la tiene Dios. Y eso lo sabemos cada vez que te miremos a ti, Señor ahí en la Cruz. Amor indefenso, amor que limpia la herida del mal desde dentro.

Nuestra esperanza es que Dios mismo acabará haciendo una gavilla con todo el mal, con toda la injusticia, con toda la cizaña y la arrojará al fuego. Aunque ahora toque luchar a favor del trigo y soportar la cizaña. Dios ya está guardando en el granero de su corazón a todas las víctimas y a todos los gestos de amor hechos a favor de estas víctimas. Nada se pierden, nadie se pierde. Están alojados ahí. Para siempre. Ver la herida de la injusticia alojada en tu costado Señor no puede menos que hacernos prender en el corazón la luz de la esperanza.

En tu cruz, Señor, estas llevando todas *las heridas del desamor*. En sus formas más extremas y en sus manifestaciones más cotidianas. Estas cargando con toda nuestra incapacidad de amar limpio, gratuito, desinteresado. Y también la herida de todos los amores traicionados, vendidos, negados, olvidados, aplastados o no correspondidos. En tu costado abierto Señor están todas las víctimas del desamor, de la soledad o del desprecio.

Y en medio de este sonoro estruendo, otra vez la música de las aguas que nos acompañan: *“Despreciado, rechazado por los hombres... como alguien ante quien no se quiere mirar, lo despreciamos y lo estimamos en nada”*.

En tu costado están las grandes heridas del desamor que asolan a la humanidad, pero están también nuestras heridas. Infinitamente más pequeñas, pero cargadas de dolor también para nosotros. Desde la cruz pareces decirnos: “Dame tu herida, no te la quedas para ti, porque acabará infectándose y haciéndote más daño. Deja de mirar tanto tu herida de desamor y mete la mano en la herida de un amor más grande, el mío. De mi costado brota suficiente agua para calmar tu sed de amor. Beber de ahí para que tu amor pequeño no se deshidrate, para que tus heridas queden lavadas, limpias. Y entonces, donde no hay amor, pon amor y sacarás amor. Pero ponlo conmigo, como yo y de mi fuente.

Pero sobre todo ver la herida de del desamor, de los que no cuentan a los ojos de este mundo, los que están sin belleza, sin aspecto atrayente, sin rentabilidad ni económica ni social... verles a ellos y ellas, alojados en tu costado, Señor, no puede menos que hacernos prender en el corazón la luz de la esperanza.

Escuchamos la canción: "[Los incontables](#)" (Aiin Karen. CD "A todos los pueblos" 5)

En tu cruz, Señor, estas llevando toda la herida del pecado. Sólo cuando miramos la hondura, la profundidad, la enormidad y la gratuidad de tu amor realmente nos damos cuenta de las dimensiones de nuestro pecado. A esta sociedad nuestra no le gusta hablar de pecado ni de culpa. Pero en todo lo que hacemos siempre hay responsables y consecuencias. No le gusta mirar la parte oscura. Pero esa zona necrosada está ahí. "Y si hago el mal que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino la fuerza del pecado que actúa en mí. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo que portador de muerte?". En nuestro corazón hay bondad, porque somos criaturas surgidas del amor de Dios. Pero también existe esta fuerza del pecado que nos tiene. Contra la que tantas veces hemos intentando luchar inútilmente.

Y, si miramos al mundo, si escuchamos un solo telediario, si repasamos tan sólo las noticias en imágenes de una semana, vemos que la fuerza destructiva del pecado que nos tiene es tremenda y causa estragos en el mundo. Y otra vez, esa voz: "Eran nuestras culpas las que le trituraban... se entregó en lugar de nuestros pecados, pues cargó con los pecados de muchos e intercedió por los pecadores".

Nos encanta ofrecer a Dios nuestra inteligencia, nuestros afectos, nuestras oraciones, nuestro cariño... pero nos cuesta más entregarle nuestros pecados. Y, sin embargo, nuestra relación con Él (y acaso con el mundo) no será verdadera y completa hasta que no lo hagamos. Por muy humillante que nos parezca. Por muy reincidentes y pesados que seamos. Él quiere cargar con nuestros pecados para que nada, absolutamente nada, pueda ya interponerse entre su amor y nosotros. Ni siquiera bajo la excusa de la gravedad o de la terquedad de nuestro pecado.

En tu costado Señor está alojado todo el pecado del mundo. Tú has querido cargar con él, hacerte cargo de él, a favor nuestro. Tanto amor nos avergüenza y nos desarma. "¿Por qué nos has amado tanto? ¡Tanto y así! Pero también arranca de nosotros lágrimas de agradecimiento. Ver la herida del pecado de la humanidad y de mi pecado, alojada y perdonada, en tu costado, Señor, no puede menos que hacernos prender en el corazón la luz de la esperanza.

En tu cruz, Señor estás llevando *la herida del sufrimiento y de la muerte*. Sufrimiento porque somos de una fragilidad pasmosa, porque nos rompemos con un virus microscópico y maligno que se apodere de nosotros. Porque nuestra fragilidad afecta a nuestro cuerpo pero también a nuestros sentimientos, a nuestro bienestar, a nuestro equilibrio psíquico, a nuestra confianza. Y nos sabemos débiles, muy débiles. Miramos los sufrimientos grandes de la humanidad, los desastres, las hambrunas, los accidentes. Sufrimientos muchos de ellos evitables y otros no. Y también nuestro particulares sufrimientos. Y los volvemos a ver alojados en tu costado Señor. Mientras que nuestra mirada se sorprende de nuevo con la voz ya conocida de ese río que nos lleva: "familiarizado con el sufrimiento, sin embargo llevaba nuestros dolores, soportaba nuestros sufrimientos".

Esta tarde queremos volver a las palabras del salmo: "Tu Señor, guardas en un odre todas nuestras lágrimas". No se pierden. Ni las lágrimas de la humanidad ni las nuestras. Está ahí formando una corriente que desemboca Señor en tu costado. Y de tu costado salen acogidas, consoladas, redimidas.

Y con ellas la última herida, *la herida de la muerte*. La herida mortal. Ante la cual parecen silenciarse todos los amores, todas las esperanzas, todos los proyectos compartidos, todo el futuro. No se puede especular con el dolor y con la muerte y quizá lo mejor que podemos hacer sea guardar un silencio de respeto. En aquella cruz se hizo un atronador silencio. En tu cruz, Señor, hasta el Padre calla. Calla porque está salvando en silencio. "Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo enterraron entre los malhechores, lo sepultaron entre los malvados. Aunque no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca".

La buena noticia que nos has traído Jesús es que el amor y el cuidado de Dios Padre/Madre no se detiene en el trance de morir. El amor y el cuidado de Dios no dice "hasta aquí", hasta el momento de morir. Sino que salta el dique y entra en la corriente de la vida eterna. Decirle a uno "te quiero" es decirle: "tú no morirás para siempre". Pero sólo Dios tiene el poder suficiente para cumplir esa promesa. Y las palabras "te amo" han sido pronunciadas sobre cada ser humano, por toda la eternidad.

En tu costado Señor aquel soldado clavó su lanza porque sabía que habías muerto. Lo que no sabía es que de esa muerte y de ese costado arrancó una corriente de vida imparable que llega hasta nosotros. Que ya no se detiene en el trance del morir. Porque tu amor no tiene límites. Esta tarde contemplamos a los seres queridos que han muerto y los reconocemos ahí, alojados definitivamente en tu corazón. No nos quita la pena, pero nos ensancha el horizonte y la luz de nuestra esperanza.

Y ya por fin, el cántico de Isaías que había ido sonando como un bajo continuo, como un contrapunto suave, explota ya a proclamar: "Después de una vida de aflicción comprenderá que no ha sufrido en vano. Mi siervo traerá a muchos la salvación". Nosotros somos ese "muchos" a los que Jesús, el siervo amado, ha traído la salvación. Y añade: "Le daré un puesto de honor, un lugar entre los grandes por haberse entregado a la muerte y haber compartido la suerte de los pecadores". Quien así habla ahora es el Padre, que con un abrazo redondo rodeo a su hijo amado, dándole la razón y devolviéndole a la vida, a la Vida definitiva y eterna.